

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ, MUJER

Javier Martínez Merino

- Madre, ¿qué es ser mujer?
- Hija, hilar, parir y llorar.

(Poema anónimo español)

RESUMEN

Hace trescientos años moría Juana Inés de la Cruz una mujer criolla mexicana excepcional. Apenas si conocemos su nombre, un poema y que fue monja; pero sus luchas por realizarse como ser humano en una sociedad machista, desde un convento, no son del dominio público. En este artículo podemos conocer si las rejas del convento y la soltería eran el único camino posible a una mujer criolla para llegar a ser ella: una mujer plena.

El pasado diecisiete de abril, sin que apenas nos diésemos cuenta, se cumplieron los trescientos y un años de la muerte de una mujer universal, una criolla mexicana, irreplicable e injustamente olvidada. Una mujer que sabía hilar, y no hiló; que podía parir hijos, y no los parió de carne y hueso; y que lloró, no por ser mujer, sino porque quiso ser mujer; corrigiendo la plana a la *sabiduría popular*.

ABSTRACT

Three hundred years ago Juana Inés de la Cruz, an exceptional Mexican woman died. We hardily know her name, a poem and the fact she was a nun; but her struggle from a convent to achieve herself as a real human being in a "macho" society is unknown by the public. From this paper we can learn whether the convent bars and celibacy or singleness were the only possibilities for a native Mexican woman to become herself: a full woman.

NUEVA ESPAÑA, UNA SOCIEDAD DISTINTA

Nueva España, el México del siglo XVII, donde va a vivir sor Juana Inés de la Cruz, es una sociedad muy singular. Hablan de una colonia, no a la inglesa; sino, más bien, de otro reino como podría ser el de Navarra o el de Aragón, pero allende los mares. Una sociedad próspera, en expansión, pacífica y enorme; frente a una España en plena decadencia.

En el siglo XVII y en el XVIII, mientras Nueva España crece y se desarrolla, la vieja España se consume y desangra, en reveses militares, desastrosas políticas validos caprichos para reyes ineptos. Naufraga España en una economía movida por los vientos de los banqueros holandeses y alemanes.

Por otra parte, sin olvidar las hambres, epidemias y motines que con cierta frecuencia se repiten a ambos lados del Atlántico, son años de orden público. El Estado centralizado en Nueva España protege particularismos que han de servir de aglutinante para una nueva sociedad bien distinta de la española. Así, las leyes de Indias (dotarán de un estatuto a los indígenas); los estatutos particulares (para los negros, mulatos, mestizos, criollos, españoles...); los referentes a las órdenes religiosas, a los encomenderos, a los hacendados... pululan en todos los estratos de la sociedad.

No vamos a entrar en el análisis de esta situación ni a valorarla –tema apasionante pero fuera de nuestro cometido–. Aquí sólo la constatamos como una sociedad jerarquizada y paternalista, cuyo centro es el monarca, allá en España.

LA IGLESIA, EL OTRO PODER

Este centralismo de la corona trata a duras penas de controlar el latifundismo de la Iglesia que alcanza a más de la mitad de las tierras de la Nueva España, en el siglo XVII. Si a esto añadimos el poder sobre las conciencias y sobre los puntos claves de la educación, nos daremos cuenta de que nos encontramos con el otro poder que gobierna en Nueva España –hoy se diría Estado paralelo–: la Iglesia, llámense obispos u órdenes religiosos.

En esta realidad social, los criollos están muy presentes. Aunque el poder político y el militar esté en manos de los españoles; los criollos constituyen gran parte de esa Iglesia. Algunos han ascendido al episcopado y también, en el polo seglar, son los que controlan la economía.

Para poder tener una vivencia de este siglo XVII, siglo de arquitectos y albañiles –como indica Octavio Paz– nos basta salir a la plaza del pueblo y veremos reflejados en piedra y arte los poderes reales de la Nueva España:

El palacio del gobernador
(poder de la corte española)

El ayuntamiento
(poder del criollo)

La catedral
(poder de la ortodoxia religiosa)

Fuera de la plaza suele haber tres centros para defender los que acabamos de ver en la plaza:

La fortaleza
(defensa interna y externa)

El convento

La universidad
(centros del saber y defensa de la ortodoxia)

LOS CONVENTOS Y LAS UNIVERSIDADES

El convento y la universidad custodian la ortodoxia de las ideas, se empecinan repitiendo el pasado y fundamentan su estabilidad doctrinal disipando cualquier aire nuevo que pueda oler a Reforma. El tufo del protestantis-

mo apenas si se percibe en estas tierras, bien cuidadas por los conventos y universidades.

La fortaleza debe proteger estas tierras de la codicia de los piratas que periódicamente atacan ciudades. La defensa del orden establecido –reprimir levantamientos de indígenas, de criollos...– es otro de sus cometidos.

La vida conventual goza de gran atractivo para los criollos. El hecho de que en México en el siglo XVII —según nos informa Octavio Paz¹— hubiera 29 conventos de hombres y 22 de mujeres, pequeñas sociedades semiautónomas constituidas por frailes y monjas pero rodeados de un círculo de criados, hermanos donados, niños a los que educan; constatan estas preferencias. Octavio Paz² ha investigado sobre el número de criollos que vivían en México y asegura que llegaban a unos 20 000 junto a unos 80 000 indígenas. Estas cifras todavía reafirman la preferencia de los criollos por la vida religiosa.

Lo que no es tan claro son las verdaderas razones que impulsan a la gente a este tipo de vida. En el caso de Sor Juana serán razones vitales, como veremos más adelante. En otros casos se impone una mejor forma de vivir y de realización personal, vedadas a la gente común fuera de los conventos.

A poco que ahondemos aparece que la posibilidad de realizarse la mujer como ser humano en este tipo de sociedad es muy escasa. No quedan resquicios para que una mujer pueda crecer. Si ha tenido la suerte de nacer en cuna de oro y es de alcurmia, la corte le puede brindar una salida a sus cualidades. Si no es de las poquísimas afortunadas, sólo quedan las puertas del convento para ser alguien. Y no para todas las mujeres; pues las hijas ilegítimas o naturales están también excluidas.

JUANA RAMÍREZ

En San Miguel de Nepantla, en una hacienda de la Iglesia que ha tomado en alquiler el criollo Pedro Ramírez, cerca del volcán Popocatepetel, la también criolla Isabel Ramírez declara en su testamento:

"... ser madre de seis hijos naturales. Las tres primeras hijas con Pedro Manuel de Asbaje, los otros tres con el capitán Die-

go Ruiz. De ellos cinco son mujeres y uno solo varón"³.

Entre las tres primeras hijas que dice haber procreado la criolla Isabel Ramírez con Pedro Manuel de Asbaje está Juana, la excepcional mujer que tanto nos interesa.

Todavía hoy no se conoce a ciencia cierta el año del nacimiento de Sor Juana Inés. Para unos en 1651; para otros, en 1648.

Todavía también recorre esta historia el fantasma de un padre a quien no se conoce. En algún momento ella habla de un capitán español nacido en el vizcaíno pueblo de Vergara, de apellido Asbaje; pero investigaciones recientes han probado la inexistencia de ese apellido en el pueblo vasco. Ni tan siquiera variantes cercanas al mismo apellido se han encontrado.

Juana Inés no conoce a su padre, si es que lo vio alguna vez. Juana es el último fruto de una relación que, si no está rota, tardaría muy poco en saltar en pedazos.

No tenemos ninguna duda de que es ilegítima. Su madre nunca se casó.

Y desde el principio comienzan a saltar las preguntas: ¿Cómo pudo entrar al convento, entonces? ¿Por qué se molesta con tanta violencia al oír murmuraciones sobre su ilegitimidad?

El no ser de padre honrado,
fuera defecto, a mi ver,
si como recibí el ser
de él, se lo hubiera yo dado.
Más piadosa fue tu madre
que hizo que a muchos sucedas:
para que, entre otros puedas,
tomar el que más te cuadre⁴.

Antes de cambiar su nombre, por el de sor Juana Inés de la Cruz, según la costumbre de los conventos, se llama Juana Ramírez, con el apellido de su madre y, sobre todo, el de su abuelo.

1 Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*. Edit. Fondo de Cultura Económica. México. 1983, pág. 35.

2 Guillermo Ramírez España, *La familia de Sor Juana* (documentos inéditos) Imprenta universitaria, México, 1974. En: Octavio Paz. *op. cit.* pág. 90.

3 *Ibid.*

4 Sor Juana Inés de la Cruz, *Obras selectas*. (Prólogo, selección y notas Georgina Salvat de Rivers y Elías L. Rivers, Edit. Noguer S.S. 1976. Redondilla 95, pág. 577.

Infancia

Así recuerda sus primeros años de vida:

"... digo que no había cumplido los tres años de mi edad cuando, enviando mi madre a una hermana mía, mayor que yo, a que se le enseñase a leer en una de las que llaman amigas (escuela primaria), me llevó a mi tras ella el cariño y la travesura; y viendo que le daban lección, me encendí en el deseo de saber leer, que engañando, a mi parecer, a la maestra, le dije que mi madre ordenaba me diesen lección. Ella no lo creyó, porque no era creíble; pero me la dio... y supe leer en tan breve tiempo, que ya sabía cuando lo supo mi madre... yo callé, creyendo que me azotarían por haberlo hecho sin orden"⁵.

Galeano la ve así:

(Juana a los cuatro)

"Anda Juana charla que te charla con el agua, que es compañera de adentro, mientras camina por la orilla de la acequia. Se siente de lo más feliz porque está con hipo y Juana crece cuando tiene hipo. Se detiene y se mira a la sombra, que crece en ella, y con una rama va midiendo después de cada saltito que le pega la barriga. También los volcanes crecían con el hipo, antes, cuando estaban vivos, antes de que les quemara su propio fuego. Dos de los volcanes humean todavía, pero ya no tienen hipo. Ya no crecen. Juana tiene hipo y crece. Crece. Llorar, en cambio, encoge. Por eso tienen tamaño de cucarachas las viejitas y las lloronas de los entierros. Eso no lo dicen los libros del abuelo, que Juana lee, pero ella sabe. Son cosas que ella sabe de tanto platicar con el alma. También con las nubes conversa Juana.

Para charlar con las nubes hay que trepar a los cerros o a las ramas más altas de los árboles.

-Yo soy nube. Las nubes tenemos caras y manos. Pies, no"⁶.

Su afán de saber y su curiosidad natural van del brazo desde su más tierna edad:

"Estaban en mi presencia dos niñas jugando con un trompo, y apenas yo vi el movimiento y la figura, cuando empecé, con esta mi locura a considerar el fácil moto de la forma esférica, y cómo duraba el impulso ya impreso e independiente de su causa..."⁷

La pasión de saber es más fuerte que su afición infantil hacia las golosinas:

"Acuérdome que en estos tiempos, siendo mi golosina la que es ordinaria en aquella edad, me abstenía de comer queso, porque oí decir que hacía rudos, y podía conmigo más el deseo de saber que el de comer, siendo este tan poderoso para los niños"⁸.

Desde que da sus primeros pasos, siente que en su interior se revela la mujer que no acepta un mundo cerrado para ella, por el merecimiento de ser mujer:

"Teniendo yo después como seis o siete años, y sabiendo ya leer y escribir, con todas las otras habilidades de labores y costuras que "aprenden" las mujeres, oí decir que había universidad y escuelas en que estudian ciencias, en México; y apenas lo oí cuando empecé a matar a mi madre con insistentes e importunos ruegos sobre que, mudándome el traje, me enviase a México, a casa de unos familiares que tenía, para estudiar y cursar

5 Juana Inés de la Cruz. *Poesía, Teatro y Prosa* (Edición y prólogo Antonio Castro Leal, 8 edición, Edit. Porrúa, México 1978. Respuesta a sor Filotea, pág. 790.

6 *Ibid.* Eduardo Galeano. *Memoria del fuego, I Los nacimientos*. Edit. Siglo XXI, 8 edic. 1985. pág. 270.

7 Juana Inés de la Cruz. *Respuesta a sor Filotea*, pág. 776.

8 *Idem.*, pág. 776.

en la universidad; ella no lo quiso hacer...yo me desquité el deseo en leer muchos libros raros que tenía mi abuelo, sin que bastasen castigos ni reprensiones a estorbarlo; de manera que cuando vine a México, se admiraban, no tanto del ingenio, cuanto de la memoria y noticias que tenía en edad que parecía que apenas había tenido tiempo para aprender a hablar"⁹.

Juana a los siete

"Por el espejo ve entrar a la madre y suelta la espada, que se derrumba con estrépito de cañón, y pega Juana tal respingo que le queda toda la cara metida bajo el aludo sombrero,

-No estoy jugando- se enoja ante la risa de su madre. Se libera del sombrero y asoman unos bigotazos de tizne. Mal navegan las piernitas de Juana en las enormes botas de cuero; trastabillea y cae al suelo y patalea, humillada, furiosa; la madre no para de reír.

-¡No estoy jugando!- protesta Juana, con -agua en los ojos- ¡Yo soy hombre! ¡Yo iré a la universidad, porque soy hombre! La madre le acaricia la cabeza.

-Mi hija loca, mi bella Juana. ¡Debería azotarte por estas indecencias!

Se sienta a su lado y dulcemente le dice: "-Más te valía haber nacido tonta, mi pobre hija sabionda"- y la acaricia mientras Juana empapa de lágrimas la vasta capa del abuelo"¹⁰.

A esta precocidad debemos unir un indomable espíritu de lucha capaz de conseguir a como hubiera lugar sus deseos. Ni la coquetería es un obstáculo, más bien, su ser femenino hace de palanca para lograr sus pretensiones:

"Empecé a aprender latín después de veinte lecciones que tomé, y era tan intenso mi cuidado, que siendo así en las

mujeres -y más en tan florida juventud- y tan apreciable el adorno natural del cabello, yo me cortaba de él, cuatro o seis dedos, midiendo hasta donde llegaba antes, e imponiéndome ley de que si cuando volviese a crecer hasta allí no sabía tal o cual cosa que me había propuesto aprender en tanto que crecía, me lo habría de volver a cortar en "castigo"¹¹.

Su abuelo

Juana, que no conoció a su padre, sueña con su abuelo. La más pequeña de las tres hermanas y ante la ausencia del padre, encuentra en su abuelo un pozo de sabiduría y una biblioteca que anda rondando desde su más tierna infancia. El abuelo es su verdadero padre. Y esta relación de abuelo-padre, tal como indica Octavio Paz, va a ser decisiva en su constitución espiritual.

Desde niña, intuitivamente, sabe que por los libros puede traspasar el umbral del sexo. Su abuelo es más padre que su padre biológico. Lo sexual, en la sociedad machista del siglo XVII, es una barrera franqueable. El libro, sin sexo, aunque los hombres se lo arroguen, es la llave. Su abuelo se lo ha enseñado.

También su abuelo le enseña que es una criolla ilegítima, sin sangre de conquistadores. Han de ser otras las gracias que la adornen como mujer. Ahí está su madre, analfabeta, trabajando día y noche para sacar adelante a unas hijas que luego volverán a repetir la historia anodina de su madre; sin un compañero que la ayude en el duro trabajo de administrar la hacienda del abuelo. Una chispa ilumina el ingenio de Juana. Ella podrá tener hijos que no mueren, compañeros que no engañan: libros y libros, poemas y poemas, teatro y teatro, conversaciones, cartas, música... El coto cerrado de los hombres se le abrirá de par en par.

Juana, intuitivamente, desde la infancia encuentra la senda por la que puede sublimar la paternidad, la maternidad y el sexo: el camino del saber. Y camina por esta senda de sueños.

9 *Ibid.*

10 Eduardo Galeano. *Memoria del fuego, I Los nacimientos*. Edit. Siglo XXI, 8 edic. 1985. pág. 270.

11 Juana Inés de la Cruz. *Respuesta a sor Filotea*, pág. 776.

"Ella deambula por el mercado de sueños. Los vendedores han desplegado sueños sobre grandes paños en el suelo. Llega al mercado el abuelo de Juana, muy triste porque hace mucho tiempo que no sueña. Juana lo lleva de la mano y lo ayuda a elegir sueños, sueños de mazapán o de algodón, alas para volar durmiendo, y se marchan los dos cargados de sueños que no habrá noche que alcance"¹².

Huérfana

Juana a los ocho años se queda huérfana: muere el abuelo. La casa se ha quedado vacía. Se le rompieron cruelmente las alas. Deambula por la casa vacía. Su alma se siente vacía también. Apenas si nos cuenta nada de su vida después de morir el abuelo, hasta los 18 años.

Sabemos que llena la casa de su madre otro hombre. Un hombre como los demás, no como el abuelo. Con su virilidad llegarán tres hermanos más, pero la biblioteca permanece dormida desde la partida del abuelo. Su casa ya no es casa, en ella nadie la espera. Su madre se debe al padrastro, sus hermanos la reclaman también. Ella dejó de ser la más pequeña.

Parece que las relaciones se enrarecen. Quizás es la ausencia del abuelo y el propósito de Juana por saber más, lo que conduce a llevarla a México a casa de unos tíos, cuando Juana tiene ocho años.

La corte

A partir de este momento y durante toda su vida, de alguna manera va a estar presente en la corte y en los círculos cultos de Nueva España. Como niña prodigio o como niña terrible a sus ocho años, nada más llegar a México escribe una loa al Santísimo Sacramento. Un hecho tan insólito, en una sociedad tan pequeña, donde todo el mundo se conoce, es la puerta para que sea presentada al Virrey Mancera. Pronto formará parte de la corte. Doña Leonor se interesa por la jovencita. Juana lee, escribe, vive, arrimada a la corte. Ha encontrado el resquicio por donde ser ella.

A sus cualidades intelectuales hay que añadir una hermosura serena, que Cabrera y otros pintores plasmaron en sus lienzos. Hermosura que ella misma conoce:

Decirte que nací hermosa
presunto que es excusado,
pues lo atestiguan tus ojos
y lo prueban mis trabajos.¹³

Es inteligente, y lo sabe:

Inclinéme a los estudios
con tan ardientes desvelos,
con tan ansiosos cuidados,
que reduje a tiempo breve
fatigas de mucho espacio.
Conmuté el tiempo, industriosa,
lo intenso del trabajo
de modo que en breve tiempo
era el admirable blanco
de todas las atenciones,
de tal modo que llegaron
a venerar como infuso
lo que fue adquirido lauro.
Era de mi patria toda
el objeto venerado
de aquellas adoraciones
que forma el común aplauso;
y como lo que decía,
fuese bueno o fuese malo,
ni el rostro lo deslucía
ni lo desairaba el garbo,
llegó la superstición
popular a empeño tanto,
que ya adoraban deidad
el ídolo que formaron.
Voló la fama parlera
discurrió reinos extraños
y en la distancia segura
acreditó informes falsos.
La pasión se puso anteojos
de tan engañosos grados,
que a mis moderadas prendas,
agrandaban los tamaños.¹⁴

13 Sor Juana Inés de la Cruz. "Los empeños de una casa". En: *Poesía, Teatro y Prosa*. Comedia en la que su heroína, doña Leonor –personificación de Juana Inés– coquetamente, lo afirma; pág. 104, versos 283 y ss.

14 *Ibid.*

Huida del mundanal ruido

A una mujer inteligente como ella, arriada al palacio, que conoce los intrínquilos de esa vida palaciega no se le escapan las limitaciones que pesan sobre sus espaldas: ser hija ilegítima, sin dote y sin padres. Arenas movedizas que a de macizar con su inteligencia. Su vida futura en el palacio carece de perspectivas. Ella sabe que nunca podrá ser esposa de alguien por cuyas venas corra sangre noble: es ilegítima, es pobre y carece de dote. Sólo le queda el camino de las barraganas. ¿O es que existía otra salida?

Juana a los diecinueve

“En los navíos, la campana señala los cuartos de la vela marina. En los socavones y en los cañaverales, empuja al trabajo a los siervos indios y a los esclavos negros. En las iglesias da las horas y anuncia misas, muertes y fiestas.

Pero en la torre del reloj, sobre el palacio del Virrey de México, hay una campana muda.

Según se dice, los inquisidores la descolgaron del campanario de una vieja aldea española, le arrancaron el badajo y la desterraron a las Indias, hace no se sabe cuántos años. Desde que el maese la creó en 1530, esta campana había sido siempre clara y obediente. Tenía, dicen, trescientas voces, según el toque que dictara el campanero, y todo el pueblo estaba orgulloso de ella. Hasta que una noche su largo y violento repique hizo saltar a todo el mundo de las camas. Tocaba a rebato la campana, desatada por la alarma, o la alegría o quién sabe qué, y por primera vez nadie la entendió. Un gentío se juntó en el atrio mientras la campana sonaba sin cesar, enloquecida, y el alcalde y el cura subieron a la torre y comprobaron, helados de espanto, que allí no había nadie. Ninguna mano humana la movía. Las autoridades acudieron a la Inquisición. El tribunal del Santo Oficio declaró nulo y sin valor alguno el repique de la campana, que fue enmudecida por siempre jamás y expulsada al exilio en México.

Juana Inés de Asbaje abandona el palacio de su protector, el virrey Mancera, y atraviesa la plaza mayor seguida por dos indios que cargan sus baúles. Al llegar a la esquina se detiene y vuelve la mirada hacia la torre, como llamada por la campana sin voz. Ella le conoce la historia. Sabe que fue castigada por cantar por su cuenta —siendo campana—.

Juana marcha rumbo al convento de Santa Teresa la Antigua. Ya no será dama de corte. En la luz serena del claustro y la soledad de la celda, buscará lo que no puede encontrar fuera. Hubiera querido estudiar en la Universidad los misterios del mundo, pero nacen las mujeres condenadas al bastidor —hilar—, y al marido que les eligen —parir—. Juana Inés de Asbaje se hará carmelita descalza, se llamará sor Juana Inés de la Cruz¹⁵.

La regla de Santa Teresa de Ávila es muy dura. Juana Inés se enferma. Debe dejar el claustro durante un año. Cuando recupera la salud vuelve al claustro de nuevo; ahora en una orden menos estricta, las jerónimas.

Mucho se ha conjeturado sobre su entrada al convento. Se ha afirmado que fue por los desengaños, los amores imposibles, un amor que muere, el despecho... Hay para todos los gustos. Pero será mejor que las elucubraciones, hijas de las telenovelas, abran paso a lo que ella misma nos dice:

Entre estos aplausos yo,
con la atención zozobrando
entre tanta muchedumbre,
no acertaba a amar alguno
viéndome amada de tantos.

Sin temor en los concursos
defendía mi recato
con peligros del peligro
y con el daño del daño.
Con una afable modestia
igualando el agasajo,
quitaba lo general,
lo sospechoso al agrado.¹⁶

15 Eduardo Galeano. *Op. cit.*, pág. 279.

16 Sor Juana Inés. *Los empeños de una casa*, *Ibíd.*, pág. 107, versos 359, ss.

En otro texto podemos ver la claridad que manifiesta a la hora de tomar esta decisión:

“Entréme religiosa, porque, aunque conocía que tenía el estado muchas cosas repugnantes a mi genio, con todo, por la total negación que tenía al matrimonio, era lo menos desproporcionado y lo más decente que podía elegir en materia de la seguridad que deseaba de mi salvación; a cuyo primer respeto cedieron y sujetaron la cerviz todas las impertinencias de mi genio, que eran de querer vivir sola; de no querer tener ocupación obligatoria que embarazara en la libertad de mi estudio ni rumor de comunidad que impidiese el sosegado silencio de mis libros.”¹⁷

Ya aparece el miedo al enfrentamiento con el mundo masculino desde la fuerza de una mujer sola. Sin duda la vida religiosa cuidará sus espaldas para realizarse como mujer. Tampoco hay que imaginar que la posición de Juana sea algo monstruoso, pues la entrada en el convento la mayoría de las veces no respondía a razones puramente místicas.

El Convento

Juana es hija del barroco. Y en el barroco son los grandes contrastes los que triunfan; luces y sombras, santos y criminales, ese retorcimiento de las almas y de las formas que cambian el mundo del arte y el mundo de los espíritus. Ella misma va a sentir en su carne la conversión. La monja normal, cumplidora de las normas, se transformará en la mística que da la vida por sus hermanas y que muere engullida por la peste que ellas le contagian.

También los conventos tienen sus luces y sus sombras. Santa Teresa de Ávila, San Juan de la Cruz y otros reformadores se acaban de empeñar en una reforma de la vida conventual. La orden en la que va a vivir y morir Juana Inés, aunque las monjas no pueden salir de las tapias del convento, posee muchas ventajas: es una comunidad pudiente, cada una de las monjas tiene una o varias criadas. Posee cada una un gran apartamento, con cocina,

varias estancias donde vive la monja acompañada de las personas a ella encomendadas.

Si la mayor penitencia es el no poder traspasar las tapias del convento, el locutorio se convierte, con harta frecuencia, en lugar de encuentros. Allí se celebran las grandes reuniones. Allí se presentan los intelectuales y los admiradores de las monjas. Se realizan recitales de poesía, y hasta conciertos y representaciones teatrales. Las discusiones teológicas y las tertulias que fomentan el amor platónico, allá tienen su asiento. El locutorio es la ventana del convento hacia el mundo para las que huyeron de él.

Frente a esta vida religiosa tolerante, para algunos relajada, se levantan las penitencias, la histeria por dominar el cuerpo —cárcel del alma— a punta de cilicios o con los latigazos de las disciplinas, de algunos ascetas. Hay casos espeluznantes: Antonia de Santa Clara, una monja, pidió que le grabaran con hierro al rojo vivo en su frente *ESCLAVA DE SANTÍSIMO SACRAMENTO*. Y aunque nos cueste creerlo, la monja lució feliz, durante toda su vida las cicatrices que le abrasaron la frente, en honor de su Amado.

Eduardo Galeano nos trae una descripción espeluznante de las penitencias que hace el primer santo de América: San Martín de Pores¹⁸.

Ni diablesa ni santa, sólo mujer

En este panorama del barroco, que reuerce las conciencias lo mismo que las columnas, que todo lo complica y enreda, Juana Inés es un ejemplo de buen sentido común, un “avis rara” que vive en el convento. Ni santa ni diablo, sólo mujer, que ya es bastante. Una conciencia lúcida cercada por un confesor que a la fuerza quiere hacer de una mujer, una santa. Sería un gran triunfo para su vida estéril de confesor de mediocres. Con gran habilidad, como “simple monjita” capea la situación y se escurre constantemente del gran proyecto de su confesor y director espiritual: convertirla en una santa...

Juana Inés, con su gran sentido común, que no pierde en toda su vida —como sostiene

17 Respuesta... pág. 776.

18 Eduardo Galeano. *Op. cit.*, pág. 253.

Octavio Paz—; ni tan siquiera en los últimos momentos cuando esté cercada por confesores, obispos, religiosos; y sin el respaldo de la corte, hace gala desde el principio de discrepar razonando. Temas tan intocables como la decisión de entrar en religión para toda la vida, Sor Juana Inés, con gracia y de soslayo, se atreve a cuestionarlos:

Si los riesgos del mar considerara,
ninguna se embarcara; si antes viera
bien su peligro, nadie se atreviera
ni al bravo toro osado provocara.
Si del fogoso bruto ponderara
la furia desbocada en la carrera
el jinete prudente nunca hubiera
quien con discreta mano lo enfrenara.

Pero si hubiera alguno tan osado
que, no obstante el peligro, al mismo
Apolo

quisiese gobernar con atrevida
mano el rápido carro en luz bañado,
todo lo hiciera y no tomara solo
estado que ha de ser toda la vida...¹⁹

En el silencio de su celda

La vida del convento le proporciona las horas libres que necesita su pasión por la lectura y el estudio. Horas para pensar y escribir. Horas para bañar sus ansias de conocer, de saber, de soñar. Noche a noche el mundo comienza a reducirse. Por los caminos de Europa y de América circulan sus cartas. Cordones de vida y pensamiento se anudan en el convento de las jerónimas de México cuyos extremos llegan a las mentes más esclarecidas de la época.

La virreina encuentra en la monja una consejera y una amiga. El locutorio cada día es más frecuentado por lo más distinguido de la corte y de la intelectualidad de la Nueva España. Manuel Fernández de Santa Cruz, obispo de Puebla, es su gran amigo.

Acaba de ascender a Virrey el arzobispo de México, Fray Payo, amigo sin límites de la

monja. Era tal la confianza depositada por este arzobispo en la monja que, en cierta ocasión, la madre superiora envió a Fray Payo una queja pues sentía que la religiosa le había faltado al respeto. Sobre un tema baladí Juana Inés había terminado diciendo:

— ¡Calle, Madre; que es tonta!

El arzobispo se contentó con escribir esta acotación al margen de la queja escrita:

Pruebe lo contrario y se le hará justicia.

Hay que tener presente que una mujer de gran capacidad, con las amistades que tenía y con un gran sentido común; la rigurosidad de la vida conventual le sería más leve. Desde luego que su confesor que deseaba hacer de ella una santa a guisa de la época, o sea, a punta de penitencias, cilicios y latigazos, no podía estar nada contento.

Por otra parte, su personalidad de águila tiene que chocar con las gallinas que siempre andan merodeando a las grandes personas y que piensan que no existe más mundo que el suyo. La vida del convento, sabemos, también le limitaba sus ansias. Así nos lo cuenta:

“...como estar yo leyendo en mi celda y otorgárseles en la celda vecina tocar y cantar; estar estudiando y pelear dos criadas y reunirme a constituir juez de su pendencia; estar yo escribiendo y venir una amiga a visitarme, haciéndome muy mala obra con muy buena voluntad, donde es preciso no solo admitir el embarazo, pero quedar agradecida del perjuicio. Y esto es continuamente...”²⁰

María Luisa, su amiga

Hacia 1680 llega a México un nuevo Virrey. Sor Juana no va a estar ajena a los preparativos y a las fiestas que se organizan con motivo de este evento. Es cierto que la monja no sale de su convento ni puede ver con sus propios ojos los preparativos, pero desde su

19 Sor Juana Inés, *Obras selectas*, op. cit., soneto 28, pág. 149.

20 *Respuesta*, op. cit. pág. 781.

convento ella se encarga de confeccionar uno de los dos grandes arcos que se levantan, como si de la entrada triunfal de un emperador se tratara. El de la catedral es encomendado a Sor Juana. Allá hace gala de su ingeniosidad y muestra sus grandes dotes para la lisonja, la fruta más apreciada en palacio. Por otra parte el convento se siente muy contento porque supone tener el favor del virrey entrante y una seguridad para la vida del convento en los años venideros.

A los pocos días conoce al Virrey, marqués de Laguna y a una mujer excepcional, su esposa María Luisa. La sintonía de las dos mujeres es inmediata. Desde el primer momento esas mujeres desean conocerse más y más. Del palacio al convento y del convento al palacio se cruzan regalos y poemas. Las visitas se multiplican. Sor Juana va a tener la oportunidad de poner en práctica una teoría muy en boga en esos momentos. El italiano Ficino ha comenzado a hablar del *amor platónico*, ese deseo de engendrar en la belleza; al margen de la cárcel del alma, el cuerpo. Todavía hoy su interpretación se nos hace familiar. Y sor Juana lo mismo que María Luisa, harán de este amor parte de su vida.

Las tendencias masculinas de Sor Juana

Mucho se ha escrito y quizás más hablado sobre lo que el escritor alemán Ludwig Pfandl, allá en los años cuarenta, siguiendo la moda y los descubrimientos de Freud, lanzó como una hipótesis. Esta hipótesis ya había sido comentada por otros escritores que se habían aventurado por la vida y obra de la monja mexicana.²¹

Nadie, hasta ese momento había hecho un estudio profundo sobre la sicología de la monja. El esfuerzo del alemán acaba haciendo una caricatura de Juana Inés de la Cruz que, a la fuerza, tiene que ir encajando en las categorías tan en moda en años pasados y que ya estamos de vuelta de ellas. Octavio Paz, en su estudio insuperado sobre la monja, nos dice:

... me parece que la masculinidad de sor Juana, para llamarla así, fue más psicológica que biológica y más social que psicológica. Ver en ella a una virago es una aberración.²²

Más adelante, añade:

Sor Juana no fue sólo un temperamento eminentemente racional sino que puso sus dotes intelectuales al servicio del análisis de sí misma, esta actitud autorreflexiva la distingue radicalmente de los demás poetas de su siglo. (...)

Obsesionado por los aspectos neuróticos de la personalidad de sor Juana, Pfandl ignoró casi del todo las *circunstancias sociales e históricas que la rodearon*. Durante más de 300 páginas vuelve una y otra vez a los conflictos psíquicos y fisiológicos de Juana Inés, desde la envidia infantil al pene hasta la menopausia y sus trastornos, pero jamás repara en una circunstancia que no fue menos determinante que las fatalidades psicológicas y corporales: el carácter masculino de la cultura y del mundo en que vivía Juana Inés.²³

Si a esto añadimos que es hija natural, la más pequeña y sin existir la presencia del padre en su infancia, las teorías de Pfandl hoy resultan insostenibles y sin fundamento.

Galerías del amor

La amistad es la parte diaria del amor, el cañamazo donde se insertan –incomparables, pero también improrrogables– sus bordados; ha escrito Antonio Gala.

Juana Inés y María Luisa han encontrado a esa persona por la que el día se llena de luz. Dos corazones en sintonía. Son capaces de amarse con toda su alma sin que el erotismo tenga que intervenir. María Luisa tiene un es-

21 E. Urzaiz Rodríguez, meses antes de salir la obra de L. Pfandl publicó un artículo: *El espíritu varonil de sor Juana*, abril de 1945.

22 Octavio Paz. *Op. cit.* pág. 93.

23 *Ibid.*

poso, Juana Inés renunció al matrimonio y se encerró en un convento de clausura. Era su única salida para alcanzar el mundo del saber.

A esa separación, tan difícil de comprender hoy, entre el amor y su erotismo, entonces se le denominó *amor platónico*. Este amor que en otras épocas también se llamó *amor cortés*, consistía en sublimar la sexualidad en el caso de Juana o en encontrar la forma de saciar un vacío interior con otro ser excepcional, por parte de María Luisa. Al mismo tiempo el neoplatonismo es moneda de uso en los conventos y en las relaciones entre hombres y mujeres que han renunciado a utilizar su sexo y no quieren renunciar al amor espiritual. Hoy se mira esto con cierto escepticismo, pero las costumbres han variado mucho en estos trescientos años. Lo cierto es que esta relación entre estas dos mujeres, lo mismo que en otras épocas, floreció en una poesía amorosa de gran calidad.

María Luisa le obsequia a Sor Juana una corona de plumas de quetzal. Así responde la monja:

Yo la ceñiré señora
 porque más decente sea
 alfombra para tus plantas
 coronada mi cabeza.
 Doyle por ella a tus pies
 mil besos en recompensa,
 sin que parezca delito,
 pues quien da y besa, no peca.²⁴

Esta relación de dos personas que se quieren, ya sea del mismo o de distinto sexo, nos va a llevar a manifestaciones poéticas en las que no va a estar excluido el erotismo; todo lo contrario, el lenguaje erótico va a ser la única vía para que un místico como San Juan de la Cruz pueda dar a entender la unión del alma con la divinidad. Lo mismo va a suceder con Sor Juana:

Ser mujer, ni estar ausente,
 no es de amarte impedimento;
 pues sabés tú, que las almas
 distancia ignoran y sexo.²⁵

Bien consciente de que el convento era su único camino, y responsabilizándose de sus actos, añade:

Yo no entiendo de estas cosas:
 solo sé que aquí me vine
 porque, si es que soy mujer,
 ninguno lo verifique.
 Y también sé que, en latín,
 sólo a las casadas dicen
 uxor, o mujer, y que
 es común de dos lo virgen.²⁶

Un inteligente juego de palabras. Virgen es palabra ambigua, tiene los dos géneros, igual sirve para calificar a hombres que a mujeres. Al fin y al cabo es consciente de que su vida es andrógina. No hay que mirarla como ser sexuado

....pues no soy mujer que a alguno
 de mujer pueda servirle;
 y solo sé que mi cuerpo
 sin que a uno u otro incline,
 es neutro o abstracto, cuando
 solo el alma deposita.²⁷

Pero la alegría desafiante de encontrar al ser amado, de necesitarlo, de decirlo; lo mismo que hace San Juan de la Cruz cuando escribe:

Mira que el mal de amor, que no se cura,
 sino con la presencia y la figura...

lleva a Sor Juana a encontrar una cuarteta alada, tierna, ágil, que hubiera firmado sin pestañear el mismo Antonio Machado:

Aunque cegué de mirarte
 ¿qué importa cegar o ver,
 si gozos que son del alma
 también un ciego los ve?²⁸

La presencia de la amada se hace necesaria en las largas noches y en los solitarios

24 *Romance* 23, pág. 418.

25 *Ibid.*, pág. 403.

26 *Ibid.*

27 *Ibid.*

28 Glosa 142, *Ibid.*, pág. 622.

días de cuaresma, cuando no se permite recibir visitas:

y no yo, pobre de mí,
que ha tanto que no te veo,
que tengo de tu carencia
cuaresmados los deseos,
la voluntad traspasada,
ayuno el entendimiento
mano sobre mano el gusto
y los ojos sin objeto.
De veras; mi dulce amor;
cierto que no lo encarezco:
que sin ti, hasta mis discursos
parece que son ajenos.²⁹

El amor a que llegan estas dos mujeres es de gran profundidad. Lo podemos constatar en los dos tercetos de un soneto:

Baste ya de rigores, mi bien, baste;
no te atormenten más celos tiranos,
ni el vil recelo tu quietud contraste
con sombras necias, con indicios vanos
pues ya en líquido humor viste y tocaste
mi corazón deshecho entre tus manos.³⁰

O en otros versos:

Que en mi amorosa pasión
no fue descuido, ni mengua,
quitar el uso a la lengua
por dárselo al corazón.
Ni de explicarme dejaba:
que como la pasión mía
acá en el alma te vía,
acá en el alma te hablaba.³¹

En otro lugar:

¡Oh cuán loca llegué a verme
en tus dichosos amores,
que, aun fingidos, tus favores
pudieron enloquecerme!

Esta lírica está dentro de la más pura poesía erótica barroca; y es de la mejor calidad.

La soledad hace su presencia en esta endecha:

No quiero más cuidados
de bienes tan inciertos,
sino tener el alma
como que no la tengo.³²

Las penas de ausencia aparecen con una sobriedad y un gran poder de producir imágenes vigorosas. Las lágrimas quieren ahogar el amor:

...porque va borrando el agua
lo que va dictando el fuego.³³

Prolija memoria,
permite siquiera
que por un instante
sosieguen mis penas.

Afloja el cordel
que, según aprietas,
temo que reviente
si das otra vuelta.³⁴

Salga, el dolor, de madre
y rompa vuestros puentes
del raudal de mi llanto
el rápido torrente.³⁵

Cómo no iba a estar presente la muerte en contraste con la vida que derrocha Juana Inés. No podemos olvidar que estamos en el Barroco:

Y como un madero
que abrasa el fuego ardiente,
no parece que luce
lo mismo que padece;
y cuando el vegetable
humor en él perece,

29 Romance 27, pág. 429.

30 Endecha 83, *Ibid.*, pág. 558.

31 Redondillas, 91; pág. 573.

32 Endecha 76, *Ibid.*, pág. 574.

33 *Ibid.*, pág. 563.

34 *Ibid.*, pág. 564.

35 Endecha 78, *Op. cit.* pág. 550.

nos parece que vive
y no es sino que muere:
así yo, en las mortales
ansias que el alma siente,
me animo con las mismas
congojas de la muerte.³⁶

Una de las grandes cualidades que se echan de ver en la monja es su gran capacidad razonadora. No sabemos quién domina en ella, si la razón o los sentimientos. La verdad es que es una mujer que sabe muy bien lo que siente y cómo lo siente:

Este amoroso tormento
que en mi corazón se ve,
sé que lo siento, y no sé,
la causa porque lo siento.
Siento una grave agonía
por lograr un devaneo,
que empieza como deseo
y para en melancolía.

Y cuando con más ternera
mi infeliz estado lloro,
sé que estoy triste e ignoro
la causa de mi tristeza.

Ya sufrida, ya irritada,
con contrarias penas lucho:
que por él sufriré mucho,
y con él sufriré nada.³⁷

Cerramos esta muestra de su poesía amorosa con este soneto:

Detente, sombra de mi bien esquivo,
imagen del hechizo que más quiero,
bella ilusión por quien alegre muero,
dulce ficción por quien penosa vivo.

Si al imán de tus gracias, atractivo,
sirve mi pecho de obediente acero,
¿para qué me enamoras, lisonjero
si has de burlarme luego, fugitivo?

Mas blasonar no puedes, satisfecho,
de que triunfa de mi tu tiranía,
que aunque dejas burlado el lazo
estrecho
que tu forma fantástica ceñía,
poco importa burlar brazos y pecho
si te labra prisión mi fantasía.³⁸

Además de musa

Los años en que María Luisa está a su lado son tranquilos y prolíficos. No sólo tiene tiempo para escribir y sentir sino para interesarse por los conocimientos del mundo. Y aunque vive al otro lado de las tapias de un convento, valiéndose de la correspondencia y de los libros que lleguen a sus ojos devoradores de pensamientos, busca con gran avidez las formas de pensar.

“Una biblioteca es el reflejo de su dueño” nos asegura Octavio Paz, refiriéndose a Sor Juana³⁹. Y es impresionante la cantidad de conocimientos que esta mujer adquiere en soledad durante estos años: literatura, teología, mitología, música, ciencias y noticias raras. Lee en latín, en italiano y posiblemente en portugués.

Sabemos que conoce las teorías platónicas. Es gran amante de la música y llega a reunir la mejor colección de instrumentos musicales indígenas de su tiempo. Las teorías pitagóricas sobre el número y su relación con los sonidos, ella las domina. Conoce el mundo griego, descubierto por el renacimiento, y a los clásicos latinos: Ovidio, Horacio, Virgilio, Plauto... Su biblioteca es una de las más ricas de la Nueva España.

Pero no hay que olvidar que en estos momentos se está fraguando la modernidad

“el examen a la biblioteca de sor Juana nos revela un mundo muy lejano al nuestro. El movimiento intelectual que se inicia en el Renacimiento con la nueva ciencia y la nueva filosofía política no está presente en esta colección de libros” “La biblioteca de sor Juana es un espejo del inmenso fracaso de la Contrarreforma en la esfera de las ideas”⁴⁰

36 *Ibid.* pág. 551.

37 Redondillas, 84, pág. 559.

38 *Ibid.* soneto 31, pág. 149.

39 Octavio Paz, *op. cit.* pág. 325.

40 *Ibid.* pág. 338.

La misma sociedad en la que ella quiere crecer, es una sociedad cerrada:

“La monarquía y el clero, poseídos por una mentalidad defensiva, alzaron muros, tapiaron ventanas y cerraron todas las puertas con candado y doble llave”⁴¹.

Quizás este sea el único lunar, o mejor dicho, la única aureola que le faltó a Juana Inés de la Cruz.

Mujer sola y en desamparo

A partir de los treinta y tantos años, la vida de Juana se serena y se convierte en un derroche de trabajo y de creatividad. Pero las envidias, los celos y los afanes de convertirla en una gran santa están agazapados a la espera de dar el salto. Y este salto mortal llegará pronto. Seguiremos la historia de esta mujer en: Juana Inés, sola y en desamparo.

BIBLIOGRAFÍA

Alborg, J.L. (1970). *Historia de la Literatura Española*, II. Gredos, Madrid.

Galeano, Eduardo (1985). *Memorias del fuego I: Los nacimientos*, Siglo XXI.

Juana Inés de la Cruz, Sor (1965). *Antología, selección, introducción y notas* de Elías Rivers, Salamanca, Anaya.

Juana Inés de la Cruz (1970). *Autos sacramentales*. Notas de Alfonso Méndez Plancarte. México, JNAM.

Juana Inés de la Cruz (1953-54). *Obras*. (Edición de Méndez Plancarte) Fondo de Cultura, 2 vols., México.

Juana Inés de la Cruz (1976). *Obras selectas*. Prólogo de Georgina Salvat y E. Rivers, Barcelona, Noguer.

Juana Inés de la Cruz (1978). *Poesía, teatro y prosa*. México, Porrúa.

Paz, Octavio (1983). *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe*. México, Fondo de Cultura Económica.

Javier Martínez Merino
Sede Regional Guanacaste
Universidad de Costa Rica

41 Ibid. pág. 339.